

## Capítulo XXI.

Donde vuelve á aparecer Cacumatzin.

¿Por qué razon habian cesado en sus hostilidades los mejicanos?

No debe atribuirse á desaliento ni á desesperacion su actitud pasiva.

Habian perdido en los dos dias de combate, entre muertos y heridos, más de quince mil hombres.

Pero habian llegado de refuerzo de veinticinco á treinta mil.

Las desventajas que habian experimentado en la lucha se debian principalmente á su falta de disciplina y á su poco conocimiento del verdadero arte de la guerra.

Divididos en grandes destacamentos, á las órdenes de uno ó dos jefes, se presentaban en masa al ene-

migo, y aun en los momentos en que disparaban sus flechas desde las azoteas, aparecian todos á un mismo tiempo presentando blanco á los arcabuces de los españoles y á las flechas de los tlascaltecas, no ménos certeras que las de los mejicanos.

No pudieron ménos de reconocer la inmensa superioridad que sobre ellos tenian los españoles.

Pero resueltos como estaban á morir, deseaban á toda costa un jefe que pudiera dirigirlos.

De todos modos, era imposible continuar la lucha sin apartar los cadáveres de las calle y curar á los heridos, que pedian á toda costa auxilio para poder volver á combatir.

Dedicáronse, pues, á estas humanitarias operaciones, y estando en ellas llegó á su noticia un importante suceso que habia ocurrido en Tezcucuo.

Cacumatzin, aprisionado, como recordarán nuestros lectores, por Motezuma, habia logrado evadirse de su prision.

Se habia dirigido á Tezcucuo, habia enviado un emisario á sus amigos, y se habia puesto de acuerdo con ellos para destronar á su hermano y castigar á los que le habian favorecido.

En aquellas circunstancias, la mayor parte de las fuerzas con que contaba Imbilimbo habian salido para Méjico con el objeto de auxiliar á los mejicanos.

Cacumatzin acechó una ocasion, y entrando con sus amigos en el palacio de su hermano en el momento en que este estaba descuidado en compañía de

sus consejeros y favoritos, los pasó á todos á cuchillo, alzándose de nuevo con el reino.

No era sólo su ánimo recuperar el cetro que habia perdido.

Ambicionaba más.

Ambicionaba ceñir á sus sienes la imperial corona de Méjico, y comprendia que ninguno como él podia inspirar valor á los mejicanos y dirigirlos en la pelea.

Envió emisarios al príncipe de Iztacpalapa y á los principales jefes de los mejicanos, anunciándoles que habia recuperado su reino y que estaba dispuesto á alcanzar el perdón por el crimen que la necesidad la habia obligado á cometer, acudiendo en auxilio de los defensores de su independenciam y conduciéndoles á la victoria.

El príncipe de Iztacpalapa, Guacolando y los teopixques rechazaron aquel ofrecimiento.

Pero el pueblo, que conocia el valor de Cacumatzin, apenas se enteró de su proposicion, se colocó de su parte é influyó poderosamente para que le aclamasen su jefe y le dieran el mando general de todas las tropas.

Aguardándole, aplazaron el combate.

Por este motivo dieron tres dias de descanso á los españoles, los cuales aprovechó Hernan Cortés en construir cuatro castillos de madera sobre ruedas para que pudieran moverse, y salir con ellos ofreciendo defensa á sus soldados.

Creyendo que la actitud de los mejicanos en aque-

llas circunstancias era síntoma de desesperacion, pensó de nuevo en proporcionarles la paz, para lo cual celebró con Motezuma varias conferencias, encaminadas todas al logro de sus deseos.

Hernan Cortés ignoraba cuál era la actitud de los mejicanos, y sobre todo, que la trégua con que le favorecian era síntoma, más que de desaliento, de la resolucion indeclinable en ellos para dar la batalla decisiva.

Poco tardó en convencerse de ello Hernan Cortés.

---

## Capítulo XXII.

---

Lucha de dos atletas.

Al cuarto día muy de madrugada oyó cerca del cuartel los atabales de los mejicanos, síntoma que anunciaba sus deseos de provocar de nuevo la lucha.

Un combate desde el cuartel era inútil.

Los mejicanos no se acercaban ya á tiro de bala, y por otra parte, los centinelas anunciaron que se veía mucha gente en las azoteas de las casas de Tacuba y otras inmediatas, y que avanzaba una columna de poca consideración; pero dispuesta al parecer á provocar á los extrajeros, á obligarles á salir de sus trincheras, y á perecer, si era preciso, para que los vengasen sus hermanos.

Hernan Cortés, que no conocía todavía el número de fuerzas que iba á encontrar en frente, que ig-

noraba que los mejicanos habían aceptado como jefe á Cacumatzin, lo dispuso todo para que sus tropas saliesen.

Mandó sacar del cuartel los cuatro castillos ó máquinas, cuya construcción había dispuesto.

En ellos iban muchos soldados, que debían atacar á los mejicanos por las trincheras de los castillos, librándose de su flechas bajo las murallas de tabla.

Al lado de cada castillo iban también á la descubierta españoles y tlascaltecas.

Tomadas las medidas para ponerse en marcha Ilbialbi fué en busca de Hernan Cortés para colocarse á su lado y cumplir los deseos de Marina.

Al entrar en la estancia en donde los dos amantes se despedían, les sorprendió estrechándose con verdadero amor, y oyó decir á Marina:

—Si tú mueres, bien mío, yo también dejaré de existir.

Este descubrimiento despertó en su alma los celos de una manera horrible.

La primera idea que cruzó por su mente fué despedazar al hombre feliz que le robaba su ventura.

Pero le vió Marina, y Marina le subyugaba.

—Ilbialbi, —le dijo, —no te apartes de su lado; defiéndele.

El indio obedeció á pesar suyo, porque la voz de la jóven le entusiasmaba.

Sin darse cuenta de lo que le pasaba, salió con Hernan Cortés dispuesto á obedecer las órdenes de Marina.

Llevaba, sin embargo, en su alma una herida profunda.

Estaba como el hombre que acaba de recibir un golpe, y no se dá cuenta del estado en que se encuentra.

Casi al mismo tiempo que salían los españoles del cuartel, se presentaron á tiro de bala los mejicanos que formaban la vanguardia.

Verse y acometerse unos á otros, todo fué uno.

Los mejicanos se lanzaron sobre los españoles, y estos resistieron su empuje, matando gran número de sus adversarios.

Al mismo tiempo trabajaban por orden de Cacamatzin muchos soldados, y destruían los puentes de las calles, y subían á las azoteas grandes moles de piedra con el ánimo de arrojarlas sobre sus enemigos.

La primera columna quedó deshecha.

Otra más numerosa atacó de nuevo á los españoles.

Pero los que la formaban no tardaron en retirarse, porque como estaban á poca distancia de los soldados de Hernan Cortés, diezmaban sus filas las balas de los arcabuces, y veían perder inútilmente sus mejores fuerzas.

Habían formado en las calles contiguas al cuartel una especie de barricadas ó parapetos, á los que se replegaron para defender palmo á palmo el terreno.

Avanzaron los españoles y los tlascaltecas con no ménos ardimiento que aquellos, tomándoles en breve las posiciones que ocupaban.

Pero desde las azoteas y desde las esquinas de las calles disparaban los mejicanos una lluvia de flechas sobre sus opresores.

Desde las azoteas arrojaban moles inmensas de piedra sobre los castillos, logrando embreve tiempo desbaratarlos.

La lucha tenía lugar al mismo tiempo en las calles, en las casas y en las azoteas, y oponían tal resistencia los mejicanos, que fué de todo punto necesario adelantar algunas piezas de artillería para desalojarlos de sus posiciones.

Al fin llegaron á un terreno ancho, en donde pudieron presentarse en columna grandes masas de fuerzas, y arrojándose compactas á los españoles, disparaban sus flechas casi á quema-ropa, para dejar lugar á otra columna; notándose en su actitud, en su energía y en su modo de disparar las flechas, que obedecían á las insinuaciones dadas por personas más hábiles y más inteligentes en la guerra que las que hasta entonces habían presidido sus combates.

No sólo tomaban parte en aquella batalla, sino que atacaban en grupo á los españoles dispersos, y al llegar á los canales se arrojaban al agua, defendían el paso con las picas y oponían toda clase de estorbos á la marcha de sus enemigos.

Irritaba profundamente á Hernan Cortés aquella resistencia tan obstinada que le oponían.

—No hay duda,—exclamaba;—alguien dirige á estos hombres. Se nota en su manera de pelear que

obedecen á una sola voluntad enérgica. Para obtener el triunfo, es necesario buscar esa cabeza y destruirla.

No tardaron las circunstancias en proporcionarle la ocasion de averiguar quién era aquel inteligente adversario.

Los indios mejicanos, viendo que perdian mucha gente y que no lograban avanzar, formaron una gruesa columna, al frente de la cual se puso Cacumatzin, y avanzó con su in petu hácia los soldados de Hernan Cortés.

El caudillo de los españoles reconoció inmediatamente á su enemigo, y dispuso su tropa de la mejor manera posible para que apenas avanzase Cacumatzin con las primeras filas de la columna, se interpusieran luchando á espaldas de ellos con los de las filas de atrás, y se quedó con una compañía de españoles para atacar á su adversario.

Todo se hizo á medida de su deseo, y no tardaron Cacumatzin y Hernan Cortés en presentarse frente á frente.

Al reconocerse los dos jefes, un mismo sentimiento, el de la venganza, se despertó en su alma.

Llevaba Cacumatzin una fuerte maza de pederrial, y en torno suyo multitud de flecheros, que disparaban sobre los españoles, embotándose en sus armaduras las flechas.

Un disparo á quema-ropa de los arcabuceros hizo retroceder á unos cuantos y caer muertos á no pocos.

Hernan Cortés y Cacumatzin llegaron á juntarse de tal manera, que se trabó entre los dos una lucha cuerpo á cuerpo.

—Dejadnos solos,— gritaba Hernan Cortés á sus soldados.

La misma orden daba á los suyos Cacumatzin.

Admirados unos y otros de aquel combate titánico, suspendieron las hostilidades en presencia de aquel espectáculo grandioso que se aparecía á su vista.

Eran horribles los esfuerzos de unos y otros combatientes para destruirse.

Cacumatzin llevaba la peor parte, porque no defendía su cuerpo una armadura como la de Hernan Cortés.

Pero el mejicano tenia doble fuerza que su adversario, y abrazado á él, abollaba con su nervuda mano las piezas de acero que defendian á su enemigo.

Cerca de Hernan Cortés, un hombre espiaba todos sus movimientos y parecia vacilar entre cumplir las órdenes de su jefe y acudir á su defensa.

Este hombre era Ibiabli.

Ninguno de los dos contendientes perdia terreno.

Hernan Cortés hizo un supremo esfuerzo, y arrojó á tierra á Cacumatzin.

En aquel momento cayó sobre él una lluvia de flechas, hiriéndole una de ellas la mano, por habersele roto en el combate el guantelete.

En aquellos instantes, poniéndose Ilbialbi delante de Hernan Cortés, con una daga española mató á Cacumatzin

Los españoles á su vez cayeron sobre los mejicanos, haciéndoles una horrible matanza.

Al ver muerto á Cacumatzin, huyeron despavoridos sus soldados.

Ya empezaba á anochecer, y como no podian los españoles ganar terreno, como el número de los combatientes que les aguardaba en la plaza de Tlatlelulco era infinitamente superior al suyo, dispuso Hernan Cortés que se retirasen todos al cuartel.

El combate de aquel día le habia convencido de que todo el valor de los españoles se estrellaria siempre en el gran número de sus adversarios.

Poco importaba que hubiera muerto Cacumatzin.

Aquel desastre aumentaria la desesperacion de los mejicanos, y veia claramente que lo único que podia conseguir aceptando nuevos combates, era conservar su alojamiento.

Esto no podia satisfacer su ambicion de conquista.

Apenas cerró la noche, cesaron por completo las hostilidades, guareciéndose los españoles en el cuartel.

En la jornada habia perdido seis soldados españoles, y más de cuarenta tlascaltecas.

Los heridos ascendian á ciento.

Al llegar curó Marina sus heridas, y mandó llamar á Ilbialbi para manifestarle su gratitud por el servicio que le habia prestado.

El indio no parecia.

Los españoles recogieron los cadáveres de los suyos, y entre ellos no se hallaba el del indio.

¿Qué habia sido de él?

Pronto olvidó Hernan Cortés á su salvador, porque los cuidados que le asaltaron concentraron su pensamiento en los medios que deberia emplear para no perder lo conseguido y alcanzar lo deseado.